

RUIZ PINO, Salvador, *La vertiente iuspublicista de la institución adoptiva en Derecho romano y su proyección en el Derecho español* (Madrid, Dykinson, 2012), 413 págs.

Este estudio tiene por objeto un tema de indudable interés romanístico: la filiación adoptiva en el mundo romano. Pero este interés se mezcla con otro, quizá todavía más patente en la obra: el desarrollo de la tesis según la cual ciertos aspectos -antes que estructurales, procedimentales- de la adopción se habrían conservado y transmitido al derecho moderno, concretamente el español. De este modo, la exhaustiva y valiosa reconstrucción histórica de la institución en el derecho romano se ofrece como punto de partida de un trabajo comparativo mucho más complejo y repleto de peligros, pero de indudable valor y proyección para los estudios romanísticos modernos. Tres son los capítulos dedicados al derecho romano: uno, se dedica a la *patria potestas*, en tanto que los dos restantes se orientan a las explicaciones acerca de la adopción romana y la *adrogatio*. En conjunto, estos tres capítulos comprenden la parte más voluminosa del trabajo y le confieren un claro temperamento romanista. Los capítulos siguientes son destinados a examinar la recepción en el derecho medieval de las instituciones romanas, para luego volver la mirada hacia el derecho español moderno. Es difícil para quien no forme parte del Derecho español -y, por consiguiente, le sea ajena la perspectiva dogmático-jurídica propia de dicho ordenamiento- evaluar los resultados a los que llega el autor en esta última parte, pero siendo sus razonamientos y argumentaciones sólidas, no parecen haber dudas en la solidez de sus planteamientos. Desde luego, habría que decir en su favor que toda aproximación entre dos sistemas jurídicos tan disímiles, inspirados a su vez en sistemas de valores tan manifestamente distintos es siempre una empresa en que se conjugan muchos riesgos. Pero se debe valorar, desde luego, la contribución romanística de la obra, por su rigurosidad y exhaustividad, así como por su apego a los cánones hermenéuticos propios de la disciplina.

P.L.

SOREL, George, *Las ilusiones del progreso (Estudios sobre el porvenir social)* ([1908], trad. de M. Aguilar Muñoz, revisión técnica por parte de José Luis Monereo Pérez, edición y "Estudio preliminar" a cargo de José Luis Monereo Pérez, Comares, Granada, 2011), lxii + 169 págs

El estudio preliminar de esta obra ha sido escrito por José Luis Monereo Pérez, catedrático de la universidad de Granada, donde imparte la asignatura de Derecho del trabajo en la Facultad de Derecho, pero Monereo está considerado como uno de los autores de mayor envergadura que hay actualmente en Europa en las ediciones de juristas franceses, alemanes e italianos del siglo XIX y primera mitad del XX. J. L. Monereo en su estudio expone las ideas tanto políticas como sociales de George Sorel (1847-1922). Comienza remontándose a la época de Sorel, al cual califica como "un pensador clave para entender el mundo del siglo veinte, aunque difícil de encuadrar en una corriente ideológica o de pensamiento determinada". Por dicho motivo, Monereo encuentra problemática la clasificación de dicho autor, porque, como él mismo precisa, es un "pensador original y difícil de clasificar". Sorel es más un pensador social del siglo XIX que del siglo XX.

Debido a que surgiese en Francia, a principios del siglo veinte, el sindicalismo revolucionario, George Sorel se ve fuertemente influenciado por este movimiento y lo defiende con energía ideológica claramente sorprendente. Ve en él una puerta abierta para poder conseguir el pacto y la tregua. Lo considera también como un principio para poder obtener el acceso a una lucha directa. Sorel formuló la teoría de la violencia amparada por la huelga general revolucionaria, por tanto, no apostando solamente por la huelga de contenido puramente político. Dicha violencia se fundamentaba en que la lucha de clases que “contribuye a afirmar el sentido de pertenencia de los individuos a la clase de productores unidos por intereses y aspiraciones comunes y, constituirse en un factor principal para la emancipación de los trabajadores”.

A pesar de ello, hay que tener en cuenta que Sorel no creía en el progreso, en la democracia parlamentaria, ni en el valor que la razón puede llegar a aportar como cimiento de una acción social. Monereo, también postula en su “Estudio preliminar” que Sorel destaca como pensador debido a los problemas que éste ha planteado durante su vida ideológica y no, por tanto, por aquellos que ha dejado resueltos. “Intelectual total, que vincula en sí la idea y la acción, desde un radicalismo general”. Monereo concluye el “Estudio preliminar” con una completa bibliografía en dónde se recoge una recopilación, de manera sistematizada, de las obras escritas por George Sorel y sus traducciones al castellano, además de una bibliografía secundaria, por medio de una selección instrumental, sobre el autor y su época. Sorel había publicado en 1889 un libro sobre el proceso de Sócrates y en 1897 había visto la luz un gran ensayo suyo sobre la concepción materialista de la Historia.

Adentrándonos en la obra, se puede comenzar con la evocación al “Prólogo”, que el propio autor desarrolla. Es bastante notable la predisposición que tiene Sorel hacia el pensamiento de Carlos Marx. Ya que como él mismo aclara, guía sus ideas siguiendo los consejos que dicho revolucionario da a los hombres que deseen arribar hacia las raíces más recónditas que la inteligencia razonada pueda aspirar. A partir del *Manifiesto comunista* de Marx, Sorel adapta gran parte de sus ideas y reflexiones. Ve la teoría del progreso como un modelo benéfico solamente para la clase burguesa, la que a través de esta teoría puede seguir alcanzando ascensos y triunfos. Se destaca también el “horror” de la democracia hacia las clases marxistas, debido a que éstas persiguen la unidad y han “heredado la admiración que el antiguo régimen tenía por el Estado”. Finaliza este prólogo sometiendo algunos de los dogmas charlatanescos a una crítica sobre un método que respaldase ante cualquier farsa, por lo cual dicha crítica debería estar fundada sobre las informaciones que se derivasen de las clases sociales, fundamentalmente proletarias.

Una vez comentado el “Prólogo”, es de vital importancia aludir a los cinco capítulos que aparecen posteriormente a dicha introducción y que fundamentan la obra de Sorel. Dichos capítulos siguen un orden cronológico y el autor los ha titulado del siguiente modo: *Primeras ideologías del progreso*, *La burguesía conquistadora*, *La ciencia en el siglo XVIII*, *La audacia del tercer estado* y *Teorías del progreso* (respectivamente).

En el primero, se hace una introducción y un posterior desarrollo de como los antiguos y los modernos de finales de siglo XVII discuten acerca de los inicios de las ideologías del progreso. Es un tema que les preocupa y pretenden defender diferentes teorías basadas en diversos autores para descubrir cuándo, quién y qué dio comienzo a dichas ideologías avanzadas y progresistas. Además de ese aspecto, a los modernos y a los antiguos también les ansía comentar el cambio de costumbres que se ha originado en la sociedad. Para indagar en dicho tema se apoya en el pensamiento de varios sabios

entre los que podemos destacar a Charles Perrault (1628-1703) y Nicolas Boileau (1636-1711). A dichos intelectuales, Sorel les atribuye diferentes calificativos como por ejemplo “los buenos obreros del lenguaje”. Bernard le Bovier de Fontenelle (1657-1757) y Blaise Pascal (1623-1662) estructuran y llegan a ser un punto de referencia relevante en este capítulo.

Menciona que Pascal hubiese deseado que *les gens du monde* dedicaran su tiempo a reflexionar sobre los destinos de ultratumba, en vez de indagar en problemas relacionados con la astronomía. También destaca que Fontenelle fue el que popularizó la idea de la estabilidad de las leyes naturales. Además en este primer capítulo, se nombra a Descartes, quien comienza su reinado tras la publicación del libro de Fontenelle sobre *La pluralidad de los mundos*. Descartes argumenta sus ideas criticando el racionalismo superficial, y propone el acercamiento hacia el cartesianismo. Gracias al optimismo que desprendía Descartes, éste consiguió agradar a la sociedad de la época. Descartes ofreció reducir la “ética a una regla de conveniencia que prescribe respetar las costumbres establecidas”.

Por lo cual, la estructuras fijas tanto en filosofía como en las concepciones que estaban establecidas en relación a la doctrina del progreso, van a contraer un rumbo diferente, esta vez orientado en otros fundamentos. Por su parte, la filosofía francesa va a verse contemplada desde un punto de vista cartesiano y la doctrina del progreso va a “permitir gozar con toda tranquilidad de los bienes de hoy sin preocuparse de las dificultades que podrán presentarse mañana”. Todo este cambio consiguió postular “una historia pedagógica de la humanidad que impulsa a pasar del estado salvaje a la vida aristocrática” y que será objeto de estudio, posteriormente por Marie-Jean-Antoine Nicolas Caritat (1743-1794) y Robert Jacques Turgot (1727-1781), quien ve la instrucción popular “como un modelo aristocrático”.

En el segundo capítulo, *La burguesía conquistadora*, Sorel expone que es necesario tener en cuenta que la conquista de Francia se llevó a cabo de forma paulatina a manos de la oligarquía francesa, que fue creada por la realeza quien fue la propulsora del derrumbe de ésta misma. Teniendo estas ideas en mente, podemos comprender de forma más amplia el pensamiento que se formó en el siglo XVII en Francia. Sorel comenta que, de manera general, los autores apoyan la deplorable visión que Cournot ofrecía de la historia de Francia, debido a que ésta se basaba en preparar el triunfo de su clase. Pero es Richelieu el más admirado por los escritores de la época contemporánea, debido a que éste apuesta por abolir los poderes intermedios que impiden unas relaciones fluidas entre el rey y los pueblos.

Sorel en este capítulo menciona en varias ocasiones a Turgot, el cual defendía que las asambleas electivas representaban una oligarquía burguesa restringida y que la administración se constituyese bajo el plan de una sociedad industrial. El autor hace un inciso en este capítulo con el objetivo de analizar las características de la ideología de una clase de dependientes. Distingue tres corrientes de pensamiento, una primera que está influida en las condiciones de existencia del tercer estado; la segunda, por su parte, permanece conectada a las funciones administrativas y judiciales de la oligarquía burguesa. Por último, nos encontramos una tercera, que se origina como consecuencia de la necesidad de los “parvenus” de imitar a la aristocracia. Sorel también expone en este capítulo las discrepancias ideológicas entre los fisiócratas y Rousseau, los primeros querían reducir el régimen feudal a medidas fiscales mientras que el segundo lo intentaba rehacer. Además, se comenta que Rousseau pensaba que el hombre se transformaba para poder vivir en sociedad. Su libro *El contrato social* logró ser visto

de buen agrado por la sociedad debido a que exaltaba el papel de la voluntad general. Pero cuando éste cae en manos de la pequeña burguesía sufrió un cambio, pasando a ser un programa de acción inmediata. Finaliza el capítulo dos, con la mención del rol cumplido por los literatos del siglo XVII, “determinado por el lugar que les asigna la nobleza y por la ausencia de espíritu crítico”.

El bloque tercero de esta obra se haya relacionado con el papel que desempeña la ciencia durante el siglo XVIII. La ciencia, anteriormente se ve representada como una disciplina austera que será cultivada por el individuo de forma independiente. Pero esta concepción da un vuelco, la ciencia comienza a despertar interés por parte de la sociedad, convirtiéndose en un “objeto de curiosidad”. Turgot plantea que dicha curiosidad se convertirá en el motor del progreso; además, ésta permitirá abrir puertas a la especialidad científica. Las *gens du monde* detectan un uso productivo en la *Enciclopedia* ya que permitirá generar un punto de vista general para los que centraban su interés en resolver problemas “proporcionando conocimientos generales a los administradores y hombres de negocios”.

Pero la *Enciclopedia* no fue el único avance próspero que se abrió camino en dicho siglo. Se dieron una continuidad de descubrimientos en el sector de la química y se desarrollaron y ampliaron investigaciones en el campo de los productos alimenticios. Éste último hecho permitió establecer una confianza y prosperó la forma de pensar y de vivir de las *gens du monde*, proporcionando aún más estabilidad a la sociedad de la época. Hay que tener en cuenta que en dicho siglo, la ciencia no es un mero objeto teórico, ya que las matemáticas pasaron a ser empleadas para solucionar hechos relacionados con la sociedad. Gracias a Condorcet, se aplicaron los juicios al cálculo de probabilidades con el fin de hallar la forma de organizar los tribunales, llegándose a comparar el error judicial con un naufragio.

La audacia del tercer estado es el título del cuarto capítulo de dicha obra. Comienza con una exposición de los consejos que Rousseau propone a los legisladores y sus opiniones en relación a las diferentes constituciones de su época. Sorel critica el pensamiento de Lichtenber y afirma que pocos en aquel tiempo poseían los conocimientos de Rousseau, a quien se denominó como “gran teórico de lo absoluto en política”. El ginebrino fue elevado a la categoría de gran jurista universal en la obra coordinada por Rafael Domingo. Sin embargo, Turgot será conocido por su “espíritu audaz” que representará un movimiento hacia la temeridad. Asocia dicho movimiento al de la ascensión de la oligarquía burguesa, ya que ambos concluyen en una aproximación hacia la dictadura. Sorel expone que la ciencia burguesa, “conjunto de conocimientos expuestos principalmente en los libros de vulgarización y destinados a poner en claro la conducta de los maestros que hacían trabar a los especialistas”, es un sistema que permite que las cosas marchen correctamente a través de una jerarquía.

Pero dicho capítulo, sobre todo, despierta interés porque en éste se habla de un acontecimiento que marcará un antes y un después en el pensamiento de los filósofos y en las costumbres sociales. Surge la independencia americana, tras la finalización del antiguo régimen. Este hecho supone ser un punto de partida respecto a la consideración de cómo se estructuraron y se deben estructurar las sociedades de los diversos países. Según Condorcet, “la Constitución de Inglaterra fue hecha por los ricos, la de América por los ciudadanos acomodados y la de Francia deben hacerla, todos los hombres”.

George Sorel propone ciertos fundamentos que motivarían a los hombres del siglo XVIII a creer que un cambio radical en las instituciones no resultaba ser difícil de realizar. Para ello analizó las ideas en relación a la naturaleza del hombre, de origen,

sobre todo, religioso. Afirmando que “una parte de las tesis de Rousseau sobre la Naturaleza es de esencia bíblica y calvinista”. También expone que “la Iglesia atribuía el origen de los males de las naciones a su impiedad” pero, por su parte, los filósofos atribuían el origen de todos los males a la Iglesia. Sorel piensa que la literatura relativa a los “salvajes” influyó en gran medida en los hombres del siglo XVIII. Cree que los misioneros encontraban a las poblaciones salvajes más dóciles para inculcar las órdenes del clero que a las cultivadas clases sociales europeas.

Considera el libro del padre Pierre François Xavier de Charlevoix (1682-1761) sobre *La Nueva Francia*, como obra necesaria destacada en toda literatura, y siendo un punto de influencia relevante en el pensamiento de Rousseau y Turgot. Sorel piensa que dicho libro no ha sido interpretado ni comprendido como debiera, y es por tal motivo que la civilización no dedicó su atención al mismo. George Sorel destaca la idea de Tocqueville que afirma que “no hay que temer nada del porvenir. La imaginación nos hace insensibles a los bienes que ya poseemos y nos precipita hacia lo desconocido”. Sorel descifra en esas palabras la idea de que la necesidad económica se ha desvanecido, y que el progreso económico estará marcado por “la renovación de la agricultura, por las transformaciones técnicas y por las nuevas tendencias en las administraciones”.

Para concluir, Sorel deja claro que el espíritu revolucionario va ganando terreno cada vez que el sentimiento de la necesidad económica se debilita y que la paz social alimenta por regla general a la lucha de clases

El quinto, y último de los capítulos de esta obra, se titula *Las teorías del progreso*. A principios de 1750, época de revueltas, Turgot escribió sus ensayos sobre el progreso. Su primer discurso fue pronunciado en la Sorbona, el 11 de diciembre de 1750. Debido a su juventud no se creía que sus ideas resultasen ser innovadoras en esa época. Pero su pensamiento fue considerado de vital importancia en tiempos posteriores debido a que Dupont publicará la obra de Turgot, tras su muerte. El trabajo del autor se vería ampliado gracias a la publicación de tres fragmentos posteriores. El primero de ellos habla de la formación de los gobiernos y la mezcla de las naciones; el segundo sobre los progresos del espíritu humano y el tercero indaga en las épocas de progreso y decadencia de las ciencias y de las artes.

Turgot, según el pensamiento de Sorel, buscaba “rehacer la obra de Bossuet, reemplazando el dogma teocrático por una teoría del progreso que estuviese en relación con las aspiraciones de la burguesía de su tiempo”. Sorel tomará dicha idea para poder discutir las diferencias que tiene Bossuet para con “las preocupaciones burguesas, en la formación del progreso en medio del azar y en el progreso material en la Edad Media”.

El libro de Germaine de Staël (1766-1817), que está asociado a las relaciones que la literatura tiene con las instituciones sociales y políticas, apareció a principios del siglo XIX. Dicha obra supondrá para Sorel un claro ejemplo del uso y desarrollo de la doctrina del progreso, ya que defiende que “la literatura podía encontrar en las nuevas condiciones causas de renovación”.

Sorel ve en la doctrina de la evolución, que relaciona con las guerras de la independencia de las naciones, el camino que conducirá al progreso. También destaca que “será imposible una investigación sobre el porvenir siguiendo la doctrina histórica” y concluye que “la evolución es lo contrario al progreso”. El autor finaliza el último de los capítulos de su obra, postulando la idea de que “se descubre un progreso real en

el mundo capitalista el cual se identificaría con el progreso técnico de la producción con el indiscutible papel de las máquinas”.

Tras la exposición y desarrollo de los cinco capítulos mencionados con anterioridad, la obra concluye con un anexo titulado: *La descomposición del marxismo*, de cuyo contenido resaltamos cinco puntos:

i) En el prefacio discute acerca de la concepción que los socialistas tenían sobre la función de las doctrinas postuladas por Carlos Marx. Creían que éstas permitirían explicar que los ataques que las clases obreras dirigían hacia el capitalismo serían consecuencia de un análisis de la producción. Conseguiría, además, el remplazo del capitalismo por el comunismo y encontrar reglas para dirigir la política de los partidos revolucionarios. Sorel se centra en la formación de las utopías, las reformas sociales, el ascenso de los obreros a la pequeña burguesía a través de las asociaciones de producción, y de las Trade-Unions británicas. Otro elemento que caracterizaría el socialismo moderno sería la lucha de pobres contra ricos. Lo esencial de las ideas revolucionarias de Marx se sitúa en la idea de clase. La revolución futura haría desaparecer a los intelectuales y sus principales fortalezas, que son el Estado y los partidos políticos

ii) Según Sorel, Berstein se equivoca cuando piensa que existe una “analogía fundamental entre las ideas marxistas y las concepciones deducidas por Marx del hegelianismo”, estimando que solo hubo una “analogía accidental que se debe al giro que dieron los acontecimientos en 1848”. Sorel no está de acuerdo a la oposición que Marx ofrece hacia el desarrollo de la democracia, pues para Sorel “la democracia puede trabajar eficazmente para impedir el progreso del socialismo, orientando el pensamiento obrero hacia un trade-unionismo protegido por el Gobierno”.

iii) Existe una desconfianza en la conveniencia y eficacia de las revoluciones políticas, dificultado establecer una previsión del futuro. Para ello, Sorel propone recordar la Historia de la Iglesia, caracterizada, según él, por su incoherencia: “la Iglesia se ha salvado a pesar de los errores de sus jefes, gracias a organizaciones espontáneas”, comparando el rol de los monjes con el de los sindicatos revolucionarios. Claro está, todo esto según George Sorel.

iv) Sorel postulaba que había que defender a Francia de su principal enemigo, el chauvinismo, e interpretar la ideología de Pierre-Joseph Proudhon.

v) Sorel defendía también, como Proudhon, el internacionalismo.

Felicitemos a José Luis Monereo y a la editorial Comares de Granada por la elegante reedición de este clásico, que se une a otros muchos de la mano de José Luis Monereo Pérez.

ELISABETH PÉREZ BAUTISTA
Universidad de Málaga, España

VARVARO, Mario, *Le Istituzioni di Gaio e il “Glückstern” di Niehbur* (Torino, Giappichelli, 2012), 201 págs.

La moderna romanística debe su existencia y su status como ciencia al estudio de textos cuya transmisión milenaria ha sido, en ocasiones, apenas posible. Las *Institutiones* de Gayo son un buen ejemplo ello, ya que poco sabríamos sobre ellas si no fuera por el descubrimiento que hizo de las mismas Barthold Georg Niebuhr.